

Homilía - Décimo Octavo Domingo del Año C

Un hombre rico que poseía una tienda con una inversión multimillonaria, en una ocasión se encontraba en el lecho de muerte. Sus cuatro hijos estaban orando junto a él. Por un momento el hombre recobró su estado de conciencia, miró a su alrededor, se fijó en sus hijos y les preguntó: “¿Tomás, estás aquí?” “Sí, padre. Aquí estoy junto a ti”, contestó Tomás. “¿Isabel, estás aquí?” “Por supuesto que sí, papi. Nunca te abandonaré”, contestó ella con mucha alegría. “Marta, estás aquí?” Ella respondió: “Ciertamente. Yo te amo”. “Y tú, también, ¿Esteban, estás aquí?” “Claro que sí, mi querido padre”, contestó Esteban orgullosamente. Para su gran sorpresa, el moribundo padre les preguntó enojadamente: “Todos ustedes están aquí; entonces, ¿quién está en la tienda?” ¡Qué pobre hombre! En vez de enfocarse en su destino eterno, todavía estaba preocupado por las cosas terrenales.

Hermanos y hermanas: tal avaricia, aun hasta el punto de afectar a la propia dignidad e importancia, es lo que Jesús condena en el pasaje evangélico de hoy (Lc 12:13-21). Alguien dijo a Jesús: “Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia”. Recuerden, la herencia es un bien gratuito; la persona no ha trabajado nada para merecerlo; sencillamente pasó de una persona a otra; completamente gratis. Quizás, esa persona era muy rica pero insaciable. Jesús pudo ver a través de su avaricia y superficialidad y lo despachó con estas palabras: “Amigo, ¿quién me ha puesto como juez en la distribución de herencias?” Luego dijo a la multitud: “Eviten toda clase de avaricia, porque la vida de hombre no depende de la abundancia de los bienes que posea”. Algunas personas sencillamente se deleitan acumulando bienes materiales, sin importarles de dónde proceden. Nunca comparten; sólo quieren más y más.

En oposición a esta forma de pensar y actuar, Jesús expuso esta parábola del rico necio: un hombre rico “obtuvo una gran cosecha” y se preguntó: “¿Qué haré, porque no tengo ya en dónde almacenar la cosecha?... ‘derribaré mis graneros y construiré otros más grandes.’” En términos contemporáneos: “Compraré mas acciones; invertiré en certificados; construiré restaurantes más lujosos y construiré algunos centros veraniegos. Entonces podré decirme: “Ya tienes bienes acumulados para muchos años; descansa, come, bebe, y date a la buena vida” Esto es: “Descansa de la iglesia; ya no debes perder tu tiempo en oraciones, más bien toma más vacaciones, juega golf, y mucho vino y comida por un tiempo bien largo. Aparentemente esta persona ni siquiera pensó en donar algo a la iglesia o a alguna institución benéfica. La respuesta de Dios para tal persona podría ser: “¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes?”

No obstante, algunas personas son avaras no solamente en vida, sino también al momento de morir. En una ocasión recibí un mensaje electrónico de autor desconocido. Una mujer

avara, rica y moribunda había dicho a su pobre esposo antes de morir: “Prométeme que pondrás en mi ataúd todo el dinero que tengo.” El esposo dudó, entonces, en prometerle lo que ella le pedía. Un amigo del esposo que oyó la conversación dijo al hombre: “¡Pero tú no serás tan estúpido!” El esposo de la mujer contestó: “Una promesa es una promesa; le di mi palabra”. Después de la muerte y sepultura de la señora, el amigo curiosamente se le acercó de nuevo y le preguntó: “¿No me digas que pusiste todo el dinero en ese ataúd? ¿Lo hiciste?” El hombre contestó: “Por supuesto que lo hice”. Luego prosiguió: “Yo transferí todo su dinero a mi cuenta y le escribí un cheque por la misma cantidad y lo puse en su ataúd... ella podrá cambiarlo allá si quiere”.

Ciertamente, el exceso de avaricia separa a la gente de los valores genuinos. Debemos ser ricos en las cosas que pertenecen a Dios a través de nuestra dedicación en el servicio de tiempo, talento y tesoro. Dios quiere que las preocupaciones espirituales estén por encima de otras prioridades, como Cristo lo proclamó: “Por tanto, no se preocupen, diciendo: ‘¿Qué comeremos?’ o ‘¿qué beberemos?’ o ‘¿con qué nos vestiremos?’...el Padre celestial sabe que ustedes necesitan todas estas cosas. ‘Pero busquen primero Su reino y Su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas’” (Mt 6:31-33).

El Cohélet declara en la primera lectura (Sab 1:2; 2:21-23), “Todas las cosas, absolutamente todas, son van ilusión.... ¿qué provecho saca el hombre de todos sus trabajos y afanes bajo el sol? De día dolores, penas y fatigas; de noche no descansa”. Por eso, San Pablo nos advierte en la Segunda Lectura (Col 3:1-5, 9-11), de vivir según nuestra nueva dignidad de bautizados, lo que es un triunfo sobre la vanidad: “Puesto que ustedes han resucitado con Cristo, busquen los bienes ... del cielo, no en los de la tierra, porque han muerto y su vida está escondida con Cristo en Dios.” Muchas personas están perdidas solamente en la consecución de cosas materiales; no iglesia, no vida de oración. ¡Qué triste! Tales personas solamente están existiendo, pero no viviendo. Cristo es nuestra vida.

Finalmente, Jesús no condena el dinero ni el bienestar material. Es la actitud que se tiene para esas cosas. ¿Usamos el dinero o los bienes materiales para la gloria de Dios y para el servicio a la humanidad? ¿Ha llegado a ser el dinero y las posesiones ‘un dios’ en nuestras vidas? San Pablo identifica la avaricia de hoy como una forma de idolatría. ¿Adoramos el dinero al ceder ante la verdad, el matar, el abortar, el vender el cuerpo, el vender niños a la fuerza laboral o a la prostitución y explotación por otros, como objetos desechables,... y todo, por dinero? Dice la Escritura: “Porque la raíz de todos los males es el amor al dinero” (1Tim 6:10). Mis hermanas y hermanos: Que Dios nos ayude a vivir en la libertad del Espíritu de Dios y que podamos disfrutar nuestra dignidad como verdaderos hijas e hijos de Dios, por Cristo nuestro Señor, Amén.